

esponer al gobernador que ya habian abjurado á la religion cristiana; pero informados de esto los dos caballeros se presentaron al mismo, y le dijeron que no era cierto lo que habian espuesto sus esposas, pues ellos permanecian cristianos. El gobernador les intimó desde luego que era indispensable someterse á las órdenes del Emperador, á lo cual respondieron aquellos, que si para servir al príncipe fuese necesario perder la vida estaban dispuestos á cumplir con este deber, mas que en cuanto á abandonar su religion no podian de modo alguno someterse. Tres dias despues se presentaron tres soldados en casa de Antonio y lo apremiaron á que renegase de la fé, diciéndole que en caso de resistirse tenian orden de atarlo. Antonio les contestó con suma entereza que cumpliesen con su deber; y como ninguno de los dos se atrevia á ponerle la mano encima, tomó él mismo una cuerda, con la cual se ató el cuello, y volviendo sus brazos hácia la espalda les rogó que lo atasen. Verificado esto, partieron para la casa de Ignacio, en donde presentándosele su amigo, le dijo: — Y bien, amigo mio, ¿qué te parece del estado en que me ves? — Y contemplándole Ignacio, le contestó: — Jamas has venido á mi casa mas digno de ser honrado que hoy, en que te miro con las preseas que convienen á un soldado de Jesucristo; así es que tambien deseo acompañarte. — Y al punto se presentó á los guardias rogándoles que lo atasen tambien, lo cual se verificó inmediatamente. Antonio tenia dos hijos, llamado el uno Mancio y el otro Miguel, á los cuales habiendo llamado, les dijo: — Como veis, me hallo atado para padecer como cristiano. ¿Estais prontos vosotros á morir por Jesucristo? — A lo cual contestó el mayor: — Prontos estamos á se-

guirte y á sufrir mil muertes por nuestro Redentor. — Y ambos se ofrecieron á merced de los soldados, quienes les dijeron que si su ánimo era morir, podian seguir á su padre. Salieron todos en seguida y fueron conducidos al patio de la casa de Ignacio, en donde fueron decapitados este y Antonio; y concluida la ejecucion, se pusieron de rodillas los dos jóvenes esperando denodadamente la muerte. Movidos los verdugos á compasion dijeron á los jueces que aquellos jóvenes ni siquiera sabian porque iban á morir, á lo cual contestaron ellos de consuno: — Sí, venimos á morir por Jesucristo. — Entonces mandaron los jueces que fuesen igualmente muertos. Los verdugos descoyuntaron primero los huesos de Mancio, que por ser tan tierno finó en el martirio. Su hermano Miguel viéndolo sin vida tendido en el suelo, tomó su cabeza con ambas manos para levantarla y besarla, cuando uno de los verdugos le descargó tan fiero golpe que le cortó la cabeza y ambas manos, cuyo hecho hizo llorar á todos los circunstantes.

26. Tras de esto muchos cristianos fueron sentenciados á morir en el monte Ungen. Habia entre estos una muger llamada Isabel, cuyo marido habia prevaricado. Conducida al borde del precipicio le cargaron una enorme piedra sobre las espaldas y otra menor sobre la cabeza, diciéndole que si la dejaba caer, seria señal de que renegaba. Isabel respondió, que aunque con la piedra cayese tambien su cabeza, su alma permanecería siempre constante en la fé. Con todo estuvo muchas horas conservando aquel penoso equilibrio. Retirada del espantoso lugar pasó toda la noche en oracion, y durante todo el dia siguiente, los verdugos le

estuvieron echando agua hirviendo encima, de cuyo modo siguieron atormentándola muchos días, durante los cuales repetía de continuo la santa, que era cristiana, y que lo sería hasta la muerte. Decíanle los ejecutores : — Te atormentaremos durante diez, durante veinte años. — Y contestaba ella con santa resignación : — ¡Qué son diez ni veinte años! Si debiese vivir un siglo, me tuviera por feliz en estar sufriendo sin un día de tregua por mi Señor Jesucristo. — Siguieron atormentándola durante trece días, por donde su cuerpo era todo una llaga, y sin embargo fué preciso volverla á Nangasaqui, en donde el gobernador, admirado de tanta constancia la violentó á escribir su nombre en la lista de los apóstotas, para salvarla; pero ella protestó de aquel acto, proclamándose siempre firme y constante en la fé.

27. El gobernador de Nangasaqui habiendo un día visitado la cárcel encontró en ella dos cristianos llamados Alejo y Simon. Interrogado el primero si quería dejar la fé, respondió que jamás lo haría; mas acobardado luego por las amenazas, desfalleció miserablemente y se dejó vencer. Dirigiéndose el juez á Simon, que era mas jóven, de edad de diez y nueve años, le preguntó si habia estudiado lo que le convenia resolver, y Simon contestó, que su resolucion era invariable. Replicóle el juez que muchos cristianos habian abandonado la fé para salvar sus vidas, y Simon le replicó, que no conocia medio posible de salvarse fuera de la religion cristiana, y que los demas podian resolver lo que quisiesen, que su conducta en nada alteraria la que habia resuelto observar. Al ver el gobernador su tenacidad, lo mandó al monte Ungen. Luego que llegó allí Simon, fué des-

nudado y atado, y despues se le derramó agua hirviendo en la espalda, y aunque sufrió valerosamente aquel tormento en silencio por muchas horas, cayó al fin desmayado por la violencia del dolor. Así que volvió en sí le fueron hechas las mismas proposiciones, á las que contestó : — Sabed que cualesquiera que sean los tormentos que me dispongais, jamás adoraré á vuestros dioses. — Enfurecido el presidente ordenó que fuese de nuevo atormentado con agua hirviendo, y habiéndolo desnudado los verdugos, hallaron que todo su cuerpo era una pura llaga. Sin embargo lo tendieron en el suelo y empezaron á echarle encima agua hirviendo. Desmayóse otra vez el jóven cuando apenas le quedaban fuerzas para respirar, por donde se dispuso volverlo á la cabaña en donde primero estaba, y lo dejaron tendido en tierra. Pudriéronse las llagas, y engendraronse en ellas gusanos, de modo que despedian tal hedor que para amedrentar á Isabel, aquella muger fuerte de quien hemos antes hablado, fué amenazada con que se la pondria en la cabaña de Simon. Temiendo el gobernador no viniese á morir el intrépido mártir, llamó á un médico para que le curase, ó en caso de no tener cura, para mandarlo á su familia, porque habia ordenado últimamente el emperador, que no se matasen mas cristianos, sino que se les atormentase constantemente hasta lograr su prevaricacion, consejo bárbaro, sugerido por el mismo demonio. El médico declaró que no tenia remedio, por lo que se le despidió para su casa, advirtiéndole, que luego que sanase, seria atormentado de nuevo, á lo que contestó que tal era su deseo. Llegó el santo jóven á casa de sus padres mas muerto que vivo, y allí le iban á visitar los cristianos, llamándolo

bienaventurado, por tantas penas como eran las que habia soportado por amor de Dios; y el ínclito mártir por no oír aquellas alabanzas, rogó que no se abriese la puerta á nadie, quedando allí solitario y esclamando á menudo para templar los acerbos dolores que sufría: — Jesus mio, vuestras llagas fueron grandes, y no las mías. ¿Qué es lo que yo sufro en comparacion de lo que sufristeis vos por mí? — Al cabo de tres dias pidió que le lavasen la cara, á lo cual le contestó su padre: — Y como lo haremos, hijo mio, ¿no sabes que tu rostro es todo una sola llaga? Si tal hacemos no haremos mas que aumentar tus dolores: — Y Simon contestó: — Lavádmela como mejor ser pueda, ¿no veis que pronto debo ir al paraíso? En seguida pidió un crucifijo, diciendo que queria entregar su alma á Dios, contemplando las llagas de su santo hijo. Púsosele delante el crucifijo, porque no podia levantar las manos para tomarlo, y esclamó: — Salvador mio, tened piedad de mí: — Y pronunciando estas palabras, y repitiendo los sagrados nombres de Jesus y de María, entregó su espíritu al Todopoderoso. Su padre y parientes lloraban no de dolor por su santa muerte, sino de alegría viendo aquel mártir en su familia. Sucedió este martirio en 1630.

28. Despues de esto, de tal modo se hizo insoportable la persecucion en el Japon, que de seiscientos mil cristianos que allí habia, ya no quedaban mas que unos cuarenta mil, habiendo perecido ó apostatado los demas. Sucedió por entonces el martirio del P. Iscida misionero. Habia permanecido tres años preso en cuyo tiempo debió sufrir terribles padecimientos. El gobernador seguia apremiándolo á que volviese al gremio de la religion del Japon en que habia nacido, pero le con-

testaba el buen sacerdote: — Si quereis amedrentarme, deben ser vuestras amenazas que me dejareis con vida. Deseo padecer y morir por Jesucristo. — El tirano lo mandó al monte Ungen en donde le descoyuntaron los huesos; y siguieron atormentándole por espacio de treinta dias con aquellas aguas en continuo hervor. Finalmente fué quemado vivo, y de este modo cumplió su sacrificio.

29. Oigamos ahora el martirio de un animoso cristiano del reino de Fingo, llamado Jacobo. Era tan devoto, que ayunaba toda la semana menos el domingo, vestia cilicios continuamente, y empleaba doce horas diarias en oracion, para obtener de Dios la gracia de morir por la fé. Fué preso Jacobo, y habiendo averiguado su esposa, que se llamaba Agata, que habia sido condenado á muerte con su madre María, y que no habian hecho mencion de ella, fué á visitar á su esposo; y viendo este que lloraba, le preguntó si era su afliccion por causa de su muerte; á lo cual contestó Agata: — Nó, lloro porque no me han condenado como á tí. — Consolóla Jacobo, dándole esperanza de que algun dia la destinaria Dios á la gloria del martirio. Entretanto María daba gracias á Dios por verse tan próxima á morir por Jesucristo. Al fin vinieron á buscarla los soldados para llevarla al suplicio con su hijo. Así que llegaron al lugar de la ejecucion, Jacobo besó su patíbulo, y atado á él, y cuando ya lo circuian las llamas, se puso á cantar el salmo: *Laudate Dominus omnes gentes, etc.* y terminado el canto, cayó, entregando su alma al Criador. María despues de haber ofrecido á Dios el sacrificio de su hijo, se puso de rodillas, y presentó su cabeza, que le fué cortada por el verdugo. Pasados algunos dias,

se apareció Pablo á un amigo suyo, que no pensaba mucho en la salud del alma, y le dijo : — Amigo, todo pasa, ¿de qué nace que no piensas en tu salud espiritual, y no te desvelas por alcanzar la felicidad eterna?

Agata entretanto vivia inconsolable por haber quedado con vida. A los cinco dias de la muerte de su esposo se le intimó que sus tres hijos habian sido condenados á muerte. No la afligió semejante intimacion, sino que la llenó de contento el considerar que sus hijos habian alcanzado la gloria eterna : solo si, se quejaba de no poderlos acompañar, por lo cual dijo á los soldados : — Si estos mis hijos deben morir por ser hijos de cristianos, ¿porqué me dejais con vida á mí que soy su madre? — El mayor, que se llamaba Juan, solo tenia nueve años : Miguel, el segundo, tenia cinco, é Ignacio dos. Pues este inocente corderito cuando fué llamado y se le hubo dicho, mientras estaba entretenido con sus juguetes, que debia morir (¡admirable secreto del Omnipotente!) entró en casa sin asustarse, tomó su corona, y se puso á orar de rodillas, y en seguida los tres hermanos, despidiéndose de su madre, se marcharon en medio de los soldados al lugar del suplicio. Su madre los acompañó por algun tiempo, los abrazó y los dejó partir solos, animándolos á morir por Jesucristo. Así que llegaron al lugar de la ejecucion púsose Juan de rodillas, abrazó la guirnalda que llevaba en el cuello, y esperó el golpe de su muerte : el verdugo, que temblaba al ir á cometer tan bárbara accion, erró el golpe, con lo cual cayó el muchacho al suelo, pero volvió á levantarse, y recibió el segundo golpe que le tronchó la cabeza. Volvióse el verdugo al monor Miguel, y tampoco lo mató del primer golpe. No quedaba

mas que el tierno Ignacio, quien esperaba la muerte con sus manecitas cruzadas. El verdugo al contemplar su pequeño cuerpo temió con mas motivo no acertar á herirlo mejor que á sus hermanos. Infundióle compasion ademas tan tierna infancia, y temblando y espavorido descargó el golpe que no pudo ser certero, y detras de aquel le dió otro, de modo que los circunstancias se horrorizaron y querian matarlo á no contenerlos los jueces.

30. Despues de haber muerto á Jacobo y á sus tres hijos y madre, los jueces hicieron morir á Leon suegro de aquel. Cuando fué encarcelado Jacobo, se preparó Leon, que era un cristiano de mucha virtud, á sufrir igual suerte, y cuando sus tres nietos fueron conducidos al suplicio, los acompañó hasta la puerta, en donde los abrazó por última vez, repitiéndoles frecuentemente con los ojos llenos de lágrimas : — Adios, queridos hijos míos, cuando esteis en el paraiso, no os olvideis de mí. — Vuelto á su casa se puso en oracion, y apenas la habia empezado cuando entraron dos soldados. Agata que los oyó, creyendo que venian á prenderla se presentó desalada, pero le dijeron que se retirase, que á quien buscaban era á su padre. El buen viejo oyéndose nombrar, se levanta y se adelanta hácia ellos. Uno de los soldados se dispone á atarle, y deteniéndole le dice : — Esperad, vuestras cuerdas son harto débiles ; yo os daré otras mejores ; — y sacando unas esposas de hierro se las entrega para ser asegurado con ellas. Al momento los soldados le conducen al lugar donde estaban sus tres nietos para ser ajusticiados, y despues de presenciar su muerte, fué como ellos decapitado. No le quedaba á Agata de toda su familia mas que una

niña de pecho, y aun esta le fué arrebatada, sumergiéndola con esta providencia en el mas intenso dolor. No se sabe despues lo que fué de ella, porque desde 1630 en adelante las noticias y relaciones del Japon cesaron de todo punto.

31. Bucondono cada vez mas furioso y cruel contra los cristianos, los mandó conducir á todos á las Pagodas para que adorasen á los simulacros del paganismo. Trescientos permanecieron constantes en medio de crueles tormentos. Entre estos mártires hubo una matrona que tenia una hija de trece años, á la cual hicieron sufrir horribles tormentos; la traspasaron con paños aguzados en punta, la tendieron sobre ascuas de fuego, y cansados de atormentarla, la dejaron por entonces, con ánimo de martirizarla de nuevo. El tirano inventó en esta ocasion un tormento diabólico contra los padres que resistian los tormentos: mandó prender á muchos niños, y si no prevaricaban les hacia desollar las manos con hierros, y mandaba aplicarles fuego sobre las heridas, diciéndoles que si las retiraban era señal que querian abandonar la fé. Algunos retiraron la mano, aunque gritando por esto que eran cristianos. Muchos soportaron tan horrorosa prueba, permaneciendo inmóviles, y todo esto se ejecutaba en presencia de sus padres, de los cuales muchos prevaricaron por compasion hácia sus hijos. Pero cincuenta personas permanecieron firmes en la fé. Hubo un cristiano llamado Tomás, con el cual se fatigaron durante siete dias, probando de segarle el cuello con una sierra de madera, hasta que al fin, la cabeza del mártir cayó en el suelo. Hubo otros tres que cedieron al rigor de los tormentos, si bien se arrepintieron al punto, y llora-

ron su infidelidad, declarándose de nuevo cristianos; y fueron en seguida decapitados. Algunos murieron en el tormento de la hoya. Pero al fin la divina justicia hizo sentir su venganza al inhumano y bárbaro Bucondono. Tenia una llega incurable, y habiéndose procurado varios remedios de distintas partes, quiso á lo bárbaro, bebérselos todos á la vez, diciendo, que si uno podia curarlo, quedaba la cura mucho mas asegurada tomándolos juntos. Y así que hubo bebido cierta cantidad de aquellos, se sintió abrasar las entrañas, como si en ellas tuviese fuego vivo, por lo cual se resolvió á curarse con las aguas del monte Ungen. A pesar de habersele preparado el baño, templándolo con agua fria, lo mismo fué entrar en él, que prorumpió en descompasados gritos, diciendo que moria quemado, añadiendo que las cabezas de tantos cristianos como habia hecho morir, estaban allí atormentándolo de un modo insufrible, y así murió lleno de rabia.

32. Llegamos al fin de esta historia, y antes de terminarla permitáseme narrar un hecho sumamente glorioso por la fé. En 1652 llegó al Japon un nuevo misionero procedente de Roma, el cual por mas oculto que quiso mantenerse fué al fin descubierto y denunciado al emperador Toxogun, hijo de Xogun su antecesor, por el gobernador de Nangasaqui. Tuvo el emperador curiosidad, como príncipe jóven, de oírle y de hablarle, por lo cual lo mandó comparecer en Jedo. Quiso el emperador que le esplicase sin rebozo lo mas importante de nuestra religion, lo cual verificó el sacerdote. El emperador escuchó atentamente la esposicion, y le mandó que lo pusiese todo por escrito. Cuando fué presentada la escritura, mandó el príncipe

que se le leyese, y advirtió toda su corte que quedó como suspendo y no poco agitado, particularmente cuando le fué leído el artículo acerca de la inmortalidad del alma, que prorumpió en estas palabras: — Este bonzo de Europa manifiesta mucha sinceridad en la esplicacion de los ministerios de su creencia. Si cuanto refiere de la inmortalidad del alma es cierto, como parece, ¿qué será de nosotros miserables, todos cuantos somos? — Y cuanto mas continuaba la lectura mas interesado y conmovido se le veia. Pero toda esta luz de la verdad de nuestra santa fé quedó perdida por la insidia de su tio Vindono, el cual le dijo, que todas las cosas que venian dichas por el *romano* eran otras tantas imposturas y mentiras, y que era cosa muy poco digna de un escelso príncipe el abandonar la religion de sus antepasados, por abrazar la de un estrangero enviado allí por el rey de España, no con intento de procurarles ningun bien, sino con el de apoderarse del imperio, como habia hecho con las islas Filipinas. El emperador, embebido desde la infancia en las máximas y supersticiones del paganismo, condenó al misionero á morir en el tormento de la hoya, como así sucedió en 1654.

Por último, la mision del imperio del Japon quedó enteramente estinguida, muertos, ó desterrados del imperio los PP. misioneros, por el emperador Toxogun-sama de la dinastia Daifusama. Estableciéronse sagaces exploradores en todas las costas, que ejercian extrema vigilancia con todos los estrangeros, y si cogian á algun sospechoso, al momento le presentaban un crucifijo para que lo pisotease en su presencia; de modo que no fué posible la permanencia en aquel pais de un solo

misionero, para mantener la fé de los pocos cristianos que allí quedaban. Los Holandeses fueron los únicos que tuvieron permiso para visitar aquellos puertos, porque declararon que no profesaban la religion de Roma, y como no veneran las imágenes, no tenian inconveniente en hollar el crucifijo; de modo que en 1655 quedó absolutamente abolida la mision con la muerte del misionero Cristobal Ferreira, el cual á presencia de los tormentos, en un principio prevaricó; pero arrepentido despues, confesó la fé, y murió en el tormento de la hoya. La mision del Japon duró ochenta y cuatro años, pues san Francisco Javier, que fué el primero que llegó al Japon, empezó su santa obra en 1549, ocho años despues del descubrimiento de las islas, ó sean los sesenta y seis reinos, como quieren los mejores historiadores, y habiendo terminado la mision en 1633 no tuvo mayor duracion la indicada. Esto no obstante, la fé cristiana no quedó por esto estinguida en el Japon, porque todavia quedaron allí muchos cristianos; y aunque se considere estinguida del todo en el dia, podemos esperar, que así como del Japon pasó á la China, pueda, por substitucion de gracia, volver de la China al Japon. No puede dudarse que los mártires que prodigaron su sangre por la fé en el Japon, que fueron innumerables, rogarán incesantemente á Dios por la salud espiritual de sus compatricios, y puede esperarse por sus méritos que algun dia querrá el Todopoderoso librar aquellos reinos infelices de la esclavitud del demonio. La ruina de la religion en aquel imperio procedió de dos causas principales: la primera, de la suspension de la pena de muerte, convertida esta en continuo martirio hasta lograr la prevaricacion; y la

segunda de la diabólica invencion de mandar hollar el crucifijo, pues no hubo resistencia posible, si se atiende á la primera causa; y atendida la segunda, debieron quedar descubiertos todos los misioneros, que desde luego, ó fueron martirizados, ó debieron abandonar el imperio para siempre.

Antes de terminar esta obra no quiero omitir un hecho de mucha edificacion. A fines de la mision, hubo un religioso agustino, que por encubrirse mejor, iba vendiendo castañas. Entró en un buque en cierta ocasion, y pidiendo de su género un precio muy subido, un marinero le dió un bofetón. El religioso sin encolezarse siguió vendiendo su mercadería, pero discurrendo los idólatras que tal mansedumbre no era virtud que se practicara entre ellos, y entrando en sospecha de que podria ser cristiano, lo prendieron; y habiendo confesado el religioso su religion le dieron muerte. ¡Don admirable de la gracia que infunde valor á los siervos de Dios para ejercitar aquellas virtudes que son desconocidas entre los infieles!

Hemos concluido este tratado de los triunfos de los mártires, de cuya lectura deben resultar dos grandes beneficios. Primero, que debemos sentir por ella escitada nuestra confianza en la intercesion de los Mártires, que habiendo consagrado sus vidas á Dios, deben gozar de gran privanza con el Señor, lo cual les hace capaces de alcanzarnos las gracias que son el objeto de nuestros ruegos. En la primera parte se ha puesto la oracion á los santos mártires para uso de sus devotos. El segundo beneficio que debemos esperar es, que si los mártires se conciliaban nuestra admiracion y amor por tantos padecimientos como son los que han soportado por Jesu-

cristo, y para infundirnos ánimo para padecer por su amor; ¿cuanto mas debemos amar á nuestro Salvador, que ha descendido del cielo, y ha padecido tanto por nosotros, hasta espirar de dolor en una cruz? Si pues los mártires merecen compasion y amor, porque eran inocentes y santos, ¿cuanto mas no debemos compadecer y amar á Jesucristo que era la misma santidad, y la misma inocencia, y que ha muerto sobre un leño infame para satisfacer por nuestras culpas? Amemos pues á este Rey de los Mártires, como le llama S. Agustin: amemos á este buen Pastor que ha querido sacrificar su vida con tanto amor por sus ingratas ovejas. Si le hemos sido ingratos hasta ahora, procuremos complacerle y amarle con todas nuestras fuerzas, todo el tiempo que nos queda de vida, á cuyo fin no apartemos la vista de Jesus crucificado: meditemos todos los dias el doloroso martirio de Jesucristo, sufrido por nuestro amor, y que superó inmensamente las penas de todos los mártires, porque haciéndolo así, no tendremos valor para despreciarle como hemos hecho hasta aquí. La sola vista del Crucifijo nos impulsará á amar, siquiera por gratitud, á un Dios que murió por nosotros. ¡O escelso Hijo de Dios! ¡O Redentor nuestro! concedednos vuestro amor. Y vos, ¡ó Madre de Dios! ó vírgen María! rogad por nosotros y alcanzadnos aquel amor. Amen.